¿Es posible una ciudadanía global?

Ariel Colonomos
CERI (Francia)

Hace veinticinco años, Raymond Aron se interrogaba acerca de la posibilidad de una "ciudadanía multinacional"[1]. Su reflexión partía de la construcción europea y de las transformaciones que ésta conllevaría naturalmente, tanto en las modalidades institucionales de regulación del poder como en los vínculos que unen a los ciudadanos y a las unidades políticas soberanas. Ese artículo revela con claridad el pensamiento aroniano, sobre todo en una época decisiva para el autor. En efecto, Aron se halla indeciso frente a varias convicciones, a dos métodos reflexivos opuestos entre sí. Por un lado, expone su visión liberal de la sociología, proponiendo una visión de las sociedades occidentales que permite comprender una dinámica verdaderamente poliárquica. De acuerdo con ese modelo, existen varios centros de poder en una sociedad; ésta no se halla ordenada siguiendo un modelo vertical. En tal caso, las dinámicas supranacionales, como la construcción progresiva de una Comunidad Europea, no hacen otra cosa que reforzar esta pluralización de las sociedades; se puede, pues, suponer en principio que las lógicas ciudadanas serán afectadas por ese nuevo ordenamiento del poder. Por el otro lado, Aron da testimonio de su fe en las instituciones, los Estados y los principios estatal-nacionales del poder. Contribuye con ello a una visión "realista" de la política internacional que privilegia las relaciones entre burocracias estatales en su análisis de la política mundial. En esta óptica, la soberanía prima en tanto que principio de regulación, pero igualmente en tanto que realidad ineludible de la escena internacional: se trata de un verdadero punto de referencia tanto para la acción como para el pensamiento. Ciertamente, si se considera la soberanía como dogma establecido del pensamiento político cuando se la define siguiendo los criterios de la nación, las fronteras y las instituciones jurídicas, los márgenes de maniobra en aras de la transformación de la ciudadanía son, por definición, limitados.

1. Este artículo, aparecido en Francia en 1972, retoma el texto de una conferencia pronunciada por Aron en la *Graduate Faculty on Political and Social Science* de la *New School for Social Research* en abril de 1974. R. Aron, "Une citoyenneté multinationale est-elle possible?", *Commentaire*, 14 (56), invierno 1991/1992, pp. 695-704.

En 1974 Aron zanja ese debate: la ciudadanía multinacional es imposible. Ella pone en tela de juicio toda la construcción occidental de lo político, toda una dinámica a la vez jurídica y política validada por la historia. Sobre todo, según Aron, la ciudadanía multinacional niega la realidad de las relaciones de fuerza, que se siguen ordenando según un modelo jerárquico y vertical a despecho del despliegue horizontal de la lógica poliárquica. En pocas palabras, Aron da marcha atrás luego de haber formulado él mismo los términos posibles de esa alternativa. Puede comprobarse con facilidad cómo ese modo reflexivo es claramente sintomático del método aroniano, que asocia el escepticismo a la prudencia. Ese principio de investigación permite la construcción de la obra, e incluye asimismo la posibilidad de ulteriores rectificaciones cuando la duda vaya madurando en el espíritu del sociólogo[2].

En efecto, la intuición de Aron era novedosa y estaba perfectamente fundada. La ciudadanía -de acuerdo con los diferentes registros que la definen- surgió en gran medida ligada a un contexto internacional. Desde los orígenes mismos de la noción, se halla marcada por un entorno que no podría ser delimitado exclusivamente por las fronteras locales. En efecto, cuando se busca una definición de la ciudadanía activa, tal como la sugiere Rousseau al tomar por modelo a Ginebra, no puede dejar de establecerse un vínculo entre esa construcción política y el lugar que ocupaba Ginebra en la escena europea del siglo XVIII. Rica y próspera, a salvo de conflictos y revoluciones, esa ciudad se define como fortaleza, y se procura los medios para favorecer la *vita activa* de sus ciudadanos, limitado su número, en su espacio público. El contexto mundial se torna uno de los elementos de redefinición de la lealtad ciudadana. Si se piensa en el auge de la ciudadanía a través del desarrollo de la burguesía en el siglo XIX, no puede dejar de considerarse la relación entre esa trayectoria política y la difusión de la Revolución Industrial en Europa.

Ciertamente, más allá de tales dinámicas de interdependencia, debemos recordar diversos modelos de vínculos ciudadanos que dan testimonio de lógicas propiamente nacionales. A partir de una tradición sólidamente anclada en Francia, son los ciudadanos, según el modelo de Renan, quienes crean la nación gracias a su asociación y por medio del contrato, cuyas cláusulas ellos mismos definen. Se suele recordar que, en el modelo alemán, prima la lógica inversa: la nación define al ciudadano, según criterios más relacionados con la lengua y la cultura. Esta oposición tradicional entre esos dos modelos de cons-

2. Igualmente, Aron, en vísperas de su muerte, se preguntaba sobre la validez de su enfoque para las relaciones internacionales, y sobre la fuerza creciente de las dinámicas transnacionales en la construcción de una "sociedad internacional".

trucción nacional permite comprender la formación de dos trayectorias de ciudadanía muy distintas. Sin embargo, ambos registros no agotan la realidad social, como bien muestra el ejemplo americano. Este, en efecto, no supone un modelo de construcción nacional similar al francés, y menos aún la misma definición de un Estado fuerte. Sin embargo, también ahí el ciudadano se define como tal a través de una lógica contractual de asociación. Priman en esa dinámica ciudadana la representación democrática y la exaltación de las virtudes de la participación, principalmente en su forma más local. De allí surgen, por cierto, una larga tradición asociativa americana, la benevolencia y las obras de caridad.

¿Cuál es el estado actual del debate? No podemos dejar de reconocer que su actualidad es palpitante, y que numerosas publicaciones lo retoman, al menos implícitamente. Desde la caída del muro, en efecto, un buen número de autores han querido mostrar la transformación de las modalidades en la relación con la autoridad política vigentes en un mundo post-bipolar (Rosenau, 1992: 253-273). Varias tradiciones de análisis de la política internacional convergen aquí para poner en cuestión el carácter estrictamente nacional de la ciudadanía. En primer lugar, ciertos idealistas, que creen firmemente en la posibilidad de una ley internacional en verdad universal, ven en el fin de las relaciones de poder mecánicas de la guerra fría una posibilidad para la puesta en práctica de nuevas formas de acuerdo y de regulación. Se convierten así en los apóstoles de una *global law*[3] y de una toma de medidas indispensables, como la puesta en marcha de un Tribunal Penal Internacional, o bien de otras de carácter preventivo destinadas a anticipar la formación de los nuevos tipos de conflictos del post-1989. El cincuentenario de la ONU, la renovación de su burocracia y su rol en la gestión de ciertas crisis, como el asunto iraquí, son testimonios recientes de sus propuestas en pro de la definición de nuevos modos de regulación. Esa ley, tan universal como moral, exige nuevas formas de responsabilidad y una ampliación de las competencias: de ahí el acento puesto sobre sectores como la información y la educación. Por lo demás, queda claro cuánto obsesiona la problemática del trasvase del carácter nacional de la ciudadanía a otra tradición del pensamiento político. Como Aron, varios autores se vuelven hoy pregoneros de un proceso de renovación del ciudadano.

---

3. A fines de septiembre de 1998 se llevó a cabo en la *New York University* una gran conferencia sobre dicha temática, que reunió a universitarios y políticos del mundo entero. El presidente Clinton participó en esta manifestación en favor de una reflexión y de una práctica de reglas jurídicas universales, que siguen a la mundialización de los intercambios y los consolidan mediante la educación y la socialización de las élites.

Aquél va tomando forma en un mundo resueltamente "sin fronteras" (Wihtol de Wenden, 1997)[4], y entraña una mayor autonomía para los individuos. Estos son más libres, disponen de mejor información; en suma, están más capacitados para crear por sí mismos relaciones sociales propicias a la elaboración de nuevas formas de ciudadanía. Se reconocen ahí el entusiasmo y el optimismo de los liberales, los cuales, en sus ímpetus más evangelizadores característicos, se regalan a veces poniendo en práctica lo que profesan.

Integración económica y difusión de valores

Más allá de esas dos tradiciones, ¿tiene sentido ese interrogante a partir de ciertas realidades nuevas de la escena mundial? Existen en efecto vectores de redefinición de la ciudadanía que se apoyan en la escena mundial. En primer lugar, las relaciones internacionales económicas son portadoras de cambio en las relaciones de lealtad ciudadana. Aron lo había presentido: la integración económica europea está destinada a tener consecuencias políticas, y desde un principio se ha dado objetivos eminentemente políticos[5]. Hoy, uno es llevado a proceder a una constatación decididamente provisoria: el proceso está en curso. Por un lado, esta dinámica supone una socialización de las élites y la constitución de "clases transnacionales" de dirigentes[6]. Desde ese punto de vista, Europa ha conocido resultados notables; se ha formado una burocracia, ésta vota leyes, se crean y desarrollan intercambios universitarios para consolidar estas nuevas formas de regulación. Sin embargo, más allá de las solas élites, esa dinámica de europeización implica un reajuste de las conductas y las prácticas sociales de acuerdo con un modelo mucho más regionalista, en consonancia con las euro-regiones surgidas de la reestructuración europea y su nueva carta de intereses económicos. Los intercambios a escala regional entre el Piamonte, Ródanos-Alpes y Bad Wurtemberg dan testimonio de una dinámica integradora que no deja de afectar a las relaciones entre individuos y auto-

4. Muy revelador de ese modo de pensar "estilo salvoconducto" es el texto de Kenichi Ohmae, 1991.

5. La autora muestra las dificultades a las que se enfrenta la génesis de una verdadera lógica ciudadana supranacional.

6. Este enfoque ha sido particularmente privilegiado por autores de la cofradía gramsciana, como Robert Cox, quienes subrayan la relación entre desarrollo de intercambios económicos y formación de grupos sociales entre las élites dominantes. Los *managers*, los eurócratas, no serían pues más que el producto de ese vasto conjunto económico en mutación y la resultante de la confrontación de los intereses en presencia (Cox, 1987).

ridad política, y favorece el redimensionamiento hacia espacios locales transfronterizos. La ciudadanía opera un cambio de referente al desplazarse desde el Estado-nación hacia la región comprendida en un conjunto europeo que trasciende los Estados por la vía del localismo. A esa integración a través del éxito económico, deben oponerse hoy las nuevas formas de movilización ciudadana que van tomando auge en el contexto europeo y que muestran la hostilidad de algunos grupos sociales, espantados por la realidad de los procesos en curso. Durante mucho tiempo, los agricultores y sus diferentes sindicatos nacionales han encarnado esta vía de desafío frente a los eurócratas de Bruselas. Actualmente, esta dinámica protestataria alcanza a otras profesiones, comporta manifestaciones a veces de gran envergadura, y amenaza con constreñir la política comunitaria de ciertos Estados, como Francia, Italia o Bélgica.

El redimensionamiento económico de la ciudadanía corresponde a un proceso esencialmente ambivalente; a fin de cuentas, tanto en un caso como en el otro, lo económico suscita lógicas participativas tendientes o al rechazo o a la exigencia del control estatal. En un contexto supranacional, cultura e identidad tienen su lugar en el análisis de lo político. A este respecto, la fuerza de las identidades culturales o religiosas tiene impactos necesariamente determinantes sobre la definición de la relación ciudadana. En efecto -principalmente en algunas religiones-, la cuestión de la participación en la esfera temporal se plantea de entrada en los textos mismos. Actualmente, cuando las grandes religiones monoteístas, como el cristianismo y el judaísmo, han realizado eso que podríamos llamar, sin asimilarlas entre sí, su *aggiornamento*, algunos interrogantes perduran, en especial en los márgenes de esos grupos. Los debates en torno de los Nuevos Movimientos Religiosos y en el propio seno de dichas organizaciones dan ciertamente testimonio de la dificultad -en el interior mismo del cristianismo, del judaísmo o del islam- de mantener una posición común en cuanto a los asuntos de la Ciudad. La postura pietista prescrita por buen número de los Nuevos Movimientos Religiosos -el retiro del más acá para privilegiar el más allá-, se comprende, no puede favorecer la expresión de la ciudadanía, particularmente si las exigencias del Estado-nación son tan fuertes como en el modelo francés o alemán. Los numerosos debates sobre las "sectas" son otros tantos signos de una reflexión política creciente acerca de la religión y la ciudadanía. Respecto del modelo estadounidense, es menester notar que las dinámicas religiosas no son -excepción hecha de algunos casos extremos- necesariamente peligrosas para la construcción de la participación ciudadana. Así, resulta sorprendente constatar hasta qué punto organizaciones identitarias como los evangelistas fundamentalistas, o bien los movimientos negros islámicos promueven un discurso resueltamente contestatario

y francamente hostil en relación con el Estado norteamericano, en especial cuando por su acción se hallan en el origen de la formación de numerosos vínculos sociales a escala local, merced a sus numerosas organizaciones de asistencia y de trabajo humanitario.

Si bien las relaciones económicas y culturales participan hoy de la redefinición del modelo de lealtad ciudadana, no son, con todo, los dos únicos factores de las numerosas mutaciones en curso. Precisamente hoy, al tiempo que un número creciente de ONGs pululan en la escena mundial (como *Amnesty*, *Green Peace* o *World Vision)*, cabe observar cómo las temáticas elegidas integran proyectos de nuevos modos de acción ciudadana contextualizados a escala mundial[7]. Esas diferentes organizaciones contribuyen en efecto a definir los nuevos límites de la ciudad política, y unas y otras promueven modos diversos de participación. Esta multiplicación de la oferta humanitaria no obedece sin más ni a lógicas de intereses ni a la gestión de los afectos comunitarios; se trata de una lógica de regulación híbrida que supone a la vez la inscripción en unas reglas de mercado –la percepción de donaciones a escala mundial– y la suscripción a un conjunto de valores destinados a marcar los contornos de una comunidad de simpatizantes para sumar mejor los apoyos. En un contexto tal de proliferación de apoyos no puede dejar de verse cómo los términos mismos de la definición de ciudadanía son puestos al día. En efecto, para muchas organizaciones humanitarias, el deber participativo del buen ciudadano es también el de luchar contra la exclusión social en el país en que residen sus donadores, pero igualmente se compromete con intereses relativos a regiones tan lejanas como Africa, el Ecuador o el Tíbet. La lógica ciudadana de esas ONGs produce efectos internos en las regiones en las que trabajan, y desde luego en los países para los que solicitan la acción de sus donadores. Así, cuando "Médicos sin fronteras" organiza una campaña de apoyo en favor de tal o cual país de Africa, esa demanda tiene consecuencias en Francia tanto como en el país en el que la organización opera directamente. Por lo demás, la acción humanitaria afecta también a la política exterior de los Estados implicados en la situación denunciada por el grupo humanitario. Por esta ra-

7. En lo concerniente a una ONG como *World Vision* –cuyo presupuesto se evalúa en más de 500 millones de dólares, y que figura en el número dos en la lista de los más importantes distribuidores a escala mundial–, esta orientación no resulta tan lógica, y a fin de cuentas es relativamente reciente. Tal organización, arraigada en el mundo protestante anglosajón, ha privilegiado durante mucho tiempo temáticas culturales e identitarias, antes de abrir esos círculos a temas universales, como el de las mujeres o el de las minorías en la ciudad. (Para una valoración contemporánea del rol de las ONGs a escala mundial, y para situar su creciente importancia, cfr. Simmons, 1998: 82-96).

zón, la acción ciudadana acaba desembocando en la esfera de la política mundial, por cuanto interfiere en la definición de la política exterior de los Estados. Instaurando lazos entre el que da y el que recibe, las ONGs contribuyen a forjar un vínculo social y una responsabilidad que adquiere la impronta de una ciudadanía global: forjan, por cierto, una concienciación que trasciende tanto las fronteras como los diferentes sectores de la vida social. Plenamente insertadas en una lógica competitiva –con frecuencia las ONGs trabajan en condición de competencia mutua–, esos grupos movilizan valores y afectos al servicio de la construcción de una sociedad mundial[8].

Ciudadanía global y sociedad civil emergente

En la actualidad, en razón precisamente de la nueva distribución de las normas y los valores en los espacios supranacionales, la redefinición de la problemática ciudadana es tributaria de la emergencia de una "sociedad civil global", que se establece siguiendo varias direcciones y que afecta directamente a la construcción del modelo de ciudadanía.

Las razones disidentes aún continúan proclamando alto y fuerte su desacuerdo cuando un envite internacional necesita de apoyos o de un pronunciamiento generalizado. El disidente, esa bien conocida figura de la guerra fría, vivió sus horas de gloria durante el período en que, por una parte, los intelectuales soviéticos ganaban el campo occidental, y el personaje del intelectual de izquierda, por otra parte, se convertía en el representante legítimo de la inteligencia occidental: coaliciones diversas tomaron forma a imagen del *Pen Club*, y desde luego todas las diferentes cofradías alrededor de intelectuales, cuyo viaje desde la *Rive Gauche* hasta el *campus* del mundo se efectuaba sin tropiezo alguno. Era notorio por entonces hasta qué punto la disidencia se había vuelto parte activa de la guerra fría, y cuán plenamente se insertaba en los juegos de poder de los principales actores del sistema internacional, y por ende de los Estados. Hoy resulta obligado constatar que los disidentes ocupan un rol menos visible que en el pasado. Los foros de intelectuales han evolucionado, y cedido su lugar a nuevas lógicas asociativas que toman como referencia valores nuevos. La disidencia no ha perdido por entero su sentido, aun cuando se haya debilitado su intensidad.

---

8. Desde los años 70, John Burton es uno de los primeros autores en haberse ocupado de esta cuestión (cfr. Burton, 1972).

Actualmente, las líneas de fuerza de las redes de escritores e intelectuales toman forma especialmente en torno a cuestiones como el laicismo y los derechos humanos. Con todo, en este segundo ámbito está claro que sufren la dura competencia de las ONGs, cuya vocación resueltamente práctica les da una baza decisiva. Se diría que esos "hombres de buena voluntad" se hallan sometidos ahora a las exigencias de la profesionalización. El modelo del intelectual de izquierda, y las grandes figuras del tercermundismo ceden su lugar al peritaje hecho desde un dominio muy particular -la medicina, el derecho, la economía-, a partir del cual se organizan modos de acción y surgen discursos nuevos en foros cada vez más internacionales. En esta forma de civismo, la especialización de los saberes se revela un componente esencial de la afirmación de las competencias. Contra el intelectual generalista se levanta actualmente toda una cohorte de expertos solicitados tanto por las Organizaciones Internacionales como por las ONGs, reunidos frecuentemente en una red de profesionales a escala mundial, lo que varios internacionalistas han designado con el nombre de "comunidad epistémica" (Hass, 1992: 1-36).

El tipo de ciudadanía postulada por las diversas asociaciones del mundo intelectual y académico apela a referentes que movilizan la razón de las Luces y arraigan en determinadas instituciones: las universidades. No obstante, esas lógicas toman verdaderamente forma en favor de redes individuales, en causas asimismo muy individualizadas, como las campañas de apoyo a Salman Rushdie o Taslima Nasreen. Esos principios de acción no difieren radicalmente de la acción de los Estados, a la cual esas organizaciones apelan con frecuencia; la relación del ciudadano con lo político corresponde a una demanda de acción, en la letra y en los principios, fiel a la declaración de los derechos del hombre. La ciudadanía global promovida por esas organizaciones se apoya en principios reconocidos por las instituciones que fundan el orden internacional, y su lenguaje en nada envidia al de las burocracias estatales. Sin embargo, demasiado a menudo, y pese a esas referencias comunes, las estrategias de los disidentes no coinciden necesariamente con las de los Estados, como por ejemplo cuando se elevan aquí y allá voces en favor de una intervención militar en un país en el que reinan el terror y la anarquía. Para tomar forma y tener derecho de ciudadanía, esas demandas ilustradas deben, sin embargo, ser apoyadas asimismo por todo un conjunto de profesionales -juristas en su mayor parte, pero también especialistas en conflictos internacionales, o médicos, que en ese punto apoyan el pronunciamiento del intelectual. Las movilizaciones de la indignación y las demandas de intervención dirigidas a los Estados, se trate de Argelia, de Ruanda o de Bosnia, merecerían ser analizadas con precaución. De esa forma podríamos darnos cuenta de que las mecánicas

sociales que "denuncian" la injusticia ya no son las mismas que en el pasado. La "profesionalización" de la protesta internacional se ha acompañado de un incremento de la eficacia y, sin duda, de una limitación de la teatralidad. En detrimento de la figura generalista y consensualista del "intelectual", hoy se levantan redes que hacen trabajar juntos a varios cuerpos de profesionales alrededor de una temática común. Las movilizaciones intersectoriales que se perciben en las manifestaciones en Francia conciernen igualmente a la escena internacional, que está igualmente sujeta a esos efectos de profesionalización y a esas lógicas de "coordinación". Resulta, pues, de gran interés observar que las repetidas demandas dirigidas a Estados Unidos para que levante el embargo a Cuba son llevadas a cabo por organizaciones movilizadas *ad hoc*, e implican a miembros fuertemente especializados en sectores diferentes. Así, el pasado año se reunieron en Estados Unidos, para una vasta campaña nacional, lo mismo hombres de negocios, descontentos por ver que se les escapaba el mercado cubano, que hombres de iglesia, pero también médicos (que denuncian con números los estragos del embargo) y trabajadores sociales.

El registro de la indignación pertenece más particularmente a organizaciones que rebasan el mero círculo de los académicos. Actualmente, merced a unos debates cada vez más decisivos en torno de la cuestión de la responsabilidad y la culpabilidad, un número creciente de organizaciones hacen uso del espacio que se les acuerda para ejercer cierta presión sobre los gobiernos en vista de modificar el curso de ciertos conflictos. ONGs como "Médicos sin fronteras" abren el camino a ese trabajo de información, y la indignación humanitaria tiene en lo sucesivo derecho de ciudadanía en las tribunas oficiales, del mismo modo que se la integra progresivamente en el derecho internacional. Un número creciente de organizaciones humanitarias y religiosas recurre a la denuncia de una situación en la que reina la injusticia. Una organización como San Egidio, una especie de ONG del Vaticano, trabaja en ese sentido, intentando poner en marcha operaciones de pacificación de los conflictos a escala mundial[9]. Se trata, antes que nada, de reunir a los beligerantes y de posibilitar su diálogo. Aquí, el recurso al Estado no es lo primero en solicitarse; sólo cuando el diálogo ha iniciado se apartan los religiosos de San Egidio, cediendo el lugar a los políticos. Esa forma de acción cívica se acompaña también de

9. Precisamente, San Egidio ha intervenido en el terreno argelino convocando en Roma, en 1995, a un encuentro entre las diferentes partes. La iniciativa no cuajó, sobre todo a causa de la ausencia del gobierno argelino. También sufrió duras críticas de la Curia Romana y de los "profesionales" de la diplomacia vaticana. Por lo demás, San Egidio ha conocido episodios mucho más felices, en Mozambique especialmente, o en Guatemala.

una dinámica de profesionalización. Es muy importante subrayar aquí el carácter novedoso de la acción de San Egidio en el universo de las prácticas eclesiales a escala internacional. San Egidio es un grupo religioso que reúne también a personas no religiosas, y a este título acompaña toda una vasta movilización, deseada por la Iglesia y el Vaticano, que concierne al mundo de los laicos. En Roma, el Consejo Pontificial para los Laicos desempeña la tarea de orientar la acción de esos numerosos grupos que dan a la Iglesia un nuevo rol en el mundo, radicalmente comprometido con los vectores de nuestra modernidad. Asimismo, San Egidio no descuida la acción en coordinación, las comunicaciones con corresponsales extranjeros, las visitas de expertos a su sede romana de Tratévere. En pocas palabras, la acción en redes, la relación con los medios de comunicación, la asistencia humanitaria: todos esos elementos denotan una real preocupación por la eficacia, por la especialización y por la profesionalización, en consonancia con las nuevas vías de gobernar elegidas por el Papa.

La acción cívica ciudadana procede hoy de lógicas sociales que movilizan una gran parte del entusiasmo. Para convencerse de ello, baste comprobar cuáles son actualmente las grandes figuras de la defensa de los derechos asociados a una acción filantrópica. Esos nuevos mecenas de lo humanitario encarnan proyectos aventurados, y lo hacen con tal solicitud que les granjea la simpatía de las multitudes. Sin embargo, su profesión no los predispone especialmente a este ejercicio de comunicación global. Se trata, por lo general, de financieros u hombres de negocios, cuyas fundaciones hacen gala de una vocación resueltamente planetaria. George Soros, Ted Turner o Bill Gates encarnan una renovación en la historia de la filantropía estadounidense, cuya larga historia se remonta esencialmente al siglo XIX, y no ha cesado de acompañar las mutaciones políticas de ese país[10]. La filantropía en Estados Unidos va a la par con la construcción de una sociedad en su relación con el Estado; sigue igualmente toda la aventura industrial y empresarial del país y, por último, se halla profundamente ligada a una cultura protestante y cristiana, sobre todo en su relación con la frontera y con el extranjero. En su inicio, tales movimientos de ayuda social concernían a un número considerable de americanos de procedencias nacionales diversas, deseosos de hacer un gesto en favor de sus comunidades que habían quedado en sus países de origen. Tal rasgo de la filantropía estadounidense nunca se verá desmentido, aunque en el siglo XX se aprecie una institucionalización y una profesionalización de la ayuda a través de la

10. Para una perspectiva histórica, desde sus orígenes hasta los años 70, cfr. Merle Curti, 1988.

puesta en marcha y el desarrollo de grandes fundaciones, como la *Carnegie* o la *Ford Foundation*, durante la guerra fría. Sin embargo, a fines de los años 50, la fuerza de la *sectarian philanthropy*[11] vuelve a aumentar, implicando al mismo tiempo una especialización del donador y del receptor de la ayuda. En el presente es obligado constatar que los diferentes tipos de filosofía han sobrevivido y cohabitan en un universo fuertemente competitivo. En la hora de Soros, Turner y Gates surgen nuevas figuras que retoman algunos rasgos de sus predecesores. Se trata de capitanes de industria que han hecho fortuna en sectores altamente especializados, y que no limitan sus objetivos al rescate de una comunidad particular o de un país. Incluso en el caso de George Soros, aun cuando éste haya puesto el acento en los países del Este desde los comienzos de su proyecto, sus empresas misioneras ya no conciernen sólo a dicha área geográfica, y su actividad se ha consolidado ya ampliamente en su propio país de residencia, Estados Unidos. Unos y otros hacen un uso creciente de las tecnologías, e incorporan este objetivo al proyecto de desarrollo que proponen ante la escena mundial. La eficacia, el resultado, forman parte de su registro discursivo tanto como de sus metas. Sobre todo se trata de llevar a cabo soluciones concretas a fin de permitir la coexistencia de vecindad y civismo. Esta "ciencia aplicada" pertenece plenamente a las nuevas formas de ciudadanía actuales; se preven soluciones, unas mejores que otras, y se las evalúa con el rasero de un saber que se quiere, a la vez, fuertemente especializado y ampliamente transdisciplinario. Los modos de acción política de esas fundaciones implican una administración completamente principesca, digna de los héroes del Renacimiento, en torno a los cuales se reunían, en un desorden sabiamente orquestado, hombres de iglesia, empresarios económicos y filósofos (Law, 1990: 21-47)[12]. Es sin duda privilegio de los modernos tiempos de la posguerra fría el haber permitido la reactivación de esas nuevas formas de autoridad que, indistintamente, mezclan fuerza económica, constitución de nuevos saberes e influencia política en conjuntos en los que no quedan de inmediato claramente percibidas las relaciones de conformidad o de desviación mantenidas con los Estados.

En la economía internacional de los sentimientos morales, el entusiasmo se paga caro: tiene como contrapartida la conciencia desdichada de la que hoy se adornan un cierto número de actores sociales eminentemente virtuosos. La

11. Los estadounidenses designan con ese término, de difícil traducción, las formas de ayuda que son claramente identificadas con una comunidad religiosa, ética o nacional, tanto en el origen de la movilización de recursos como en su destino.

12. Para un análisis internacional, cfr. Garrett Mattingly, 1988.

denuncia moral no data de ayer, pues son de fácil recuerdo las campañas públicas en pro de inclusiones en el índice organizadas durante la guerra fría. El tercermundismo y sus émulos suscitaban vocaciones entre quienes impartían lecciones. Hoy es obligado constatar que esta vertiente de la interpretación política experimenta un profundo retroceso. Con todo, el espacio de la denuncia no ha quedado desocupado. Los actuales solicitantes de arrepentimiento nada tienen que envidiar a los de ayer y, una vez más, esas formas de acción cívica -se trata de demandas que tienen por objetivo la mejora a escala mundial- implican una participación más activa que nunca en la vida pública. Hoy ven la luz nuevas formas de sanción económica, orquestadas por organizaciones un tiempo cercanas a las corrientes tercermundistas. Esas nuevas lógicas de la acción colectiva están resueltamente volcadas hacia la modernidad e impregnadas de un profundo pragmatismo. Organizaciones como el *Interfaith Centre on Corporate Responsability*, cuya sede se encuentra en Nueva York, cerca de la sede de la organización protestante del *National Council of Churches*, actúan en ese sentido: tienen la tarea de denunciar toda acción inmoral de la que las multinacionales sean causa. La definición de la inmoralidad se entiende aquí en un sentido bastante amplio, ya que comprende la relación con los gobiernos que violan los derechos civiles y políticos, la violación por parte de las empresas del derecho al trabajo, su explotación de mano de obra extranjera en razón de su dependencia económica, o incluso las propias finalidades de la empresa, siempre y cuando atenten contra la salud o los intereses de grupos particularmente desprotegidos, como por ejemplo los niños.

En ese caso, igualmente, hay que señalar la modernidad de semejante forma de acción política. La organización en redes de diferentes sectores de la sociedad tan alejados entre sí como el mundo económico, las órdenes religiosas, los expertos o los ingenieros se realiza a través de la mediación de esas instituciones, que hoy experimentan un aumento de actividad. La lógica de la movilización para esas organizaciones reposa sobre el trato con ciertos grupos de accionistas de los consejos de administración de las multinacionales o los *mutual funds*. A través de las Iglesias y de las organizaciones religiosas, la *Interfaith on Corporate Responsability* los contacta y les pide que sancionen el comportamiento de su grupo. Por lo demás, esas organizaciones difunden tal información por medio de la prensa, que, faltaría más, se hace eco de los malos tratos de los que los asalariados de *Nike* o de *Reebok*, como ha podido ser el caso, han sido víctimas en ciertos países del Sur[13].

13. Tal criterio de interpretación de la acción de las firmas nos lo volvemos a encontrar en especialistas de la interpretación. Cfr. Debora Spar, s/f.

La emergencia de ese "capitalismo moral" causa cierta sorpresa. Sin embargo, tales dinámicas están en perfecta sintonía con una reformulación de las relaciones políticas a escala mundial, como atestigua el incremento de una exigencia que somete lo político a un derecho de fiscalización cada vez más inquisidor: la *accountability*. Los actores económicos no se cruzan de manos, sin embargo; su capacidad de réplica da testimonio de su astucia. En efecto, conforme las denuncias van volviéndose cada vez más sistemáticas, las firmas internacionales cambian de rostro. Denigradas antaño en tanto que caballos de Troya del imperialismo, las multinacionales se quieren hogaño los heraldos de los derechos humanos. Una visión del mundo a la vez moral y neoliberal está a punto de gestarse de una nueva escatología universal: y es que, sometidas a imperativos de vigilancia cada vez más constrictivos, las firmas multinacionales, lejos de burlar las jurisdicciones nacionales de los países en los que se implantan, participan en la difusión de nuevas normas beneficiosas para todos, así como en la extensión de los derechos en los países del Sur.

Más allá del carácter eminentemente partidista de este tipo de interpretación, los hechos quedan, y tienden a validar un análisis mandevilliano de la escena internacional[14]. Actualmente, los vicios privados hacen la virtud pública: estimulados por el deseo de conquistar nuevos mercados, nuestros empresarios económicos se ven obligados a jugar con las diferentes opiniones públicas, en especial con las de los países en los que circula su producción. En los países occidentales, las reglas de la publicidad y del *marketing* han decretado desde hace mucho tiempo una relación de causa a efecto entre imagen de marca de la firma y beneficios. Por ello, las firmas multinacionales han integrado rápidamente esta variable en su estrategia de comunicación: procuran volverse los heraldos de la promoción de los derechos con el fin de no irritar la sensibilidad de sus clientes. Se trata de una verdadera sistémica que favorece la moralización de los debates, al tiempo que las motivaciones de los actores económicos permanecen inalteradas. Simplemente –y es éste uno de los efectos paradójicos del mercado–, en la actualidad resulta rentable dar buena imagen y jugar al buen pastor.

---

14. A principios del siglo XVIII, Bernard de Mandeville publica en Londres *La fábula de las abejas*, donde muestra, partiendo de la metáfora de la colmena, cómo los vicios de los unos y de los otros hacen prosperar un sistema y crean una dinámica virtuosa desde el punto de vista colectivo.

¿"Ciudadanía nacional imposible, ciudadanía global improbable"?

La ciudadanía global sigue siendo un horizonte más o menos utópico de la escena mundial. No se afirma menos como tendencia en razón de los disparos de advertencia de los que son víctimas los Estados y su lógica de soberanía[15]. Un elemento debe aquí ser tenido en cuenta: ciertos Estados parecen deseosos de promover dinámicas ciudadanas más allá de sus propias fronteras. En Francia, la cuestión de los derechos humanos aún forma parte de los objetivos proclamados de la política exterior, debido sobre todo a la fuerte legitimidad de dicho objetivo en la tradición política francesa. Por lo demás, el Estado da origen a nuevas dinámicas ciudadanas cuando las diplomacias occidentales vuelan en auxilio de activistas encarcelados en Birmania en agosto de 1997, o cuando Estados Unidos acoge al Dalai Lama. Epifenómenos de la política mundial –oasis en un desierto de anarquía moral– constituyen, en efecto, una cuestión que es lícito plantearse. Porque los ejemplos que validan la hipótesis de un cinismo inherente al ejercicio de la *Realpolitik* no faltan: si la diplomacia estadounidense –y en general una parte creciente de su sociedad– acoge a los diversos Lamas o a los miembros de la oposición al régimen birmano, Estados Unidos, en tanto que diplomacia, se rinde a China y vela por preservar sus intereses en dicho país.

Sin duda, no será ésa la vertiente por la que la definición de la ciudadanía se abra más fácilmente camino en la política internacional. Otras iniciativas dan fe de una creciente interacción entre política mundial y lógicas de sociedades. Desde hace algún tiempo, existe en Estados Unidos un debate sobre los derechos religiosos en el extranjero (Schmitt, 1998). Varios grupos de presión estadounidenses se han constituido en defensores de los derechos de las minorías religiosas fuera de las fronteras de ese país, y plantean a su gobierno exigencias bien precisas en ese sentido. Esa iniciativa, que sin duda será próximamente objeto de una ley, revela con suma nitidez la interdependencia de las sociedades a escala mundial. Los Estados pasarían a convertirse en los mediadores y ejecutores de los asuntos que conciernen a pueblos e individuos; accederían así a una inédita función representativa, privados de la definición de interés general, expuestos a las exigencias de los intereses particulares en la realización de su propia política exterior.

Traducción: *Juan Carlos Moreno Romo*

15. James Rosenau (1994: 81-105) ha desplegado en esta perspectiva diferentes tipos ideales de ciudadanía postbipolar, analizando las capacidades acrecentadas de los individuos frente a las instituciones.

Referencias bibliográficas

BURTON, J. (1972) *World Society*. Cambridge, Cambridge University Press.

COX, R. (1987) *Production, Power And World Order*. Nueva York, Columbia UP.

CURTI, M. (1988) *American Philanthropy Abroad*. New Brunswick, Transaction Books.

HAAS, P. (1992) "Introduction: Epistemic Communities And International Policy Coordination", *International Organisation*, 46 (1), pp. 1-36.

LAW, J. (1990) "Le prince de la Renaissance", en Eugenio Garin (comp.), *L'homme de la Renaissance*. París, Seuil, pp. 21-47.

MATTINGLY, G. (1988) *Renaissance Diplomacy*. Nueva York, Dover (reedición).

OHMAE, K. (1991) *The Borderless World*. Nueva York, Harper.

ROSENAU, J. (1992) "The Relocation Of Authority In A Shrinking World", en *Comparative Politics*, vol. 24, nro. 3, pp. 253-273.

ROSENAU, J. (1994) "Les individus comme source de turbulence dans la politique internationale", en M. Girard, *Les individus dans la politique internationale*. París, Economica, pp. 81-105.

SCHMITT, E. (1998) "Compromise Revives Bill On Religious Rights Abroad", en *The New York Times*, 26 de septiembre, pág. A7, 14.

SIMMONS, P. (1998) *Learning To Live With NGO's. Foreing Policy*, Fall, pp. 82-96.

SPAR, D. (s/f) "Human Rights How Multinationals Help: The Spotlight And The Bottom Line", en *Foreing Affairs*, vol. 77, nro. 2, pp. 7-12.

WIHTOL DE WENDEN, C. (1997) *La citoyenneté éuropéenne*. París, Presses Sc. Po.